

—Vino el trágico 98. La malaventura colmó el corazón de España. Y fueron los catalanes los que sintieron más enrojecida su vergüenza. Maragall escribía entonces su amargo «¡Adeu Escanya!» En otras partes, aun ante el espectáculo de aquel Ministro que se iba a los toros la tarde de Cavite, seguimos en el reposo de una resignación que tanto nos hizo parecidos a santos. No se ha creado desde entonces—en la vida pública me refiero—ni una jerarquía, ni una perspectiva. Así nos sorprendió la gran guerra. Así nos sorprende la paz. Así estamos ante los demás problemas.

Únicamente cuando se levanta un gran deseo unánime se improvisan maniobras insensatas, mezcladas, es cierto, con la española hombría de bien, pero hombría honrada que por desconocer está muy limitada para moverse con rigor de principios. Para imponer criterios y aspirar a dirigir es preciso ser realidad moral, ser realidad social, ser realidad civil. No basta ser masa invertebrada.

En esto consiste nuestro aplauso y nuestra admiración a Cataluña; si a esto llaman aquí ser traidor, yo, pidiendo perdón previamente, me veo obligado a serlo.

Ponía por lema a mis consideraciones del otro día, esa astuta vuelta de las ideas generales que es preciso andar para amarrar bien un problema concreto. Como estas ideas generales crean sentimientos, y ambos—ideas y sentimientos—cuanto más «vagos» según los llama el vulgo letrado—¡y tan vulgo!—son más intensamente motrices en la historia, es indispensable aludir a ellos.

Fué Mosen Cinto el que se dirigió a España, heredera de la Atlántida en el entierro de esta, y la hablaba de este modo: «¿qué importa a las abejas hallar roto el jarrón, si les quedas tú, flor de los venideros siglos?»

Era, más tarde, Maragall el que imploraba a los hermanos de la ancha Castilla, sola y triste tierra adentro, que la hablasen del mar lejano que Castilla no podía ver.

En estos desposorios líricos de Maragall con las tierras ibéricas, con Castilla especialmente, hay una clara visión de la influencia del mar en la cultura y en la historia.

Este problema, por ejemplo, no lo vemos aquí aun cuando existan robles cántabros tan de Castilla como los pinos y las encinas de tierra adentro. Así sucede con todos los otros.

Y esto lo decimos ciertos españoles que, precisamente por ser castellanos, ponemos al servicio de la patria una pasión más firme y conmovida. Deseamos que estas aguas quietas y podridas ¡tan verdosas! se agiten y se agiten convenientemente. En ellas viven a su autojo ranas y renacuajos. Y nosotros nos hemos empeñado en ser dentro de ellas pescadores de perlas.

Queremos que Castilla pueda repetir su vida, mejorada. Nos esforzamos para arrancarla de la muerte. En esto consiste nuestro juvenil candor. Y para ello empezamos por desenconar el corazón y preparar los sentidos.

He ahí por qué vemos en el problema catalán casi todo el problema español, y nos figuramos a Cataluña—donde una gran mayoría percibe los reflejos iracundos de la hoz afilada—como una joven mujer armónica de ojos serenos. Para completar la herejía diré, además, que la hidalguía castellana que llevamos dentro saluda cortesmente al paso de Teresa, «la ben plantada», cuando pasea por la arena de su mar azul, que es el mar de la vieja cultura.

Creo serenamente que el amor a la patria es el camino más corto entre corazones hermanos. Si los catalanes quieren

seguir siéndolo nuestros que lo digan. Si lo que cree el recelo castellano—no sienten a España ni quieren compartir con nosotros apretados dolores, que lo digan también.

En todo caso demandamos dos cualidades de hombre: verdad y coraje.

Hermanos catalanes, aquí estamos.

ANGEL LEDESMA

Castilla ante el Regionalismo

Un acto de afirmación nacional en Salamanca.

En el paraninfo de la Universidad se celebró con gran solemnidad el acto de clausura del Certamen pedagógico y Exposición Escolar.

Presidieron las autoridades y asistió numerosísima concurrencia.

Se leyeron, entre grandes aplausos, los nombres de los laureados en el certamen y Exposición; y después de elocuentes frases del rector y senador Sr. Esperabé, se levantó a hablar, en medio de clamorosa ovación, el ex director de Primera enseñanza D. Eloy Bullón.

Empezó su discurso felicitando calurosamente a los organizadores de estas fiestas escolares, que contribuyen a despertar la opinión pública, haciendo ver a todos la necesidad de que el Estado dedique atención preferente al problema de la educación.

Salamanca y España.

«Salamanca—dice—al mostrar este interés por la cultura, responde a sus tradiciones, que la obligan, más que a ninguna ciudad de España, a trabajar constantemente por el mejoramiento de la educación.»

Expuso luego los trabajos que ha realizado y se propone realizar la Junta creada en Salamanca bajo su presidencia para engrandecer la Universidad gloriosa, haciendo de ella una de las primeras de la raza española.

«Entra en este programa—añade—atraer a ella a los estudiantes hispanoamericanos, que encontrarán un ambiente de grandeza histórica y artística en esta antigua Atenas española.»

El ideal está en marcha. ¡Adelante! España sólo podrá engrandecerse por el concurso armónico de las energías locales y regionales, hoy dispersas o amortiguadas. Cada ciudad y región ha de aportar su ofrenda al altar de la patria, en armonía con sus tradiciones y aptitudes. La ofrenda de Salamanca debe ser ésta: engrandecer de nuevo su vida universitaria, y mediante ésta cooperar intensamente al aumento de la cultura española e hispanoamericana.

Siendo más «salmantinos», seremos más «españoles».

Orientación regionalista.

¡Gran lección—exclama—para los que neciamente creen que hay oposición entre el interés de España y el